

Que guardas el ramaje de mi cuna,
 Salud con tus tormentas y tu luna,
 Salud con tus paisajes y tu río,
 Paz y salud, mansión de mis mayores:
 Cuando á la muerte tu cantor sucumba,
 Será feliz si brotan en su tumba,
 Virgen desierto tus silvestres flores.

Julio 2 de 1842.

UNA DUBE.

I

En la mitad del cielo sus ráfagas derrama,
 Reverberando ardiente desde su trono el sol,
 Y el lago reproduce la abrasadora llama,
 Y lánguidos doblega sus pétalos la flor.

El aura replegando sus alas bienhechoras,
 Entre las hojas secas parece sollozar,
 Ni un eco, ni un celaje, ni de aves voladoras,
 Bandadas en los aires contéplanse cruzar.

Con tardo movimiento muriendo de fatiga,
 Divísanse rebaños y al perezoso buey;
 Y las aves le siguen porque es su sombra amiga,
 Mientras lame la yerba para apagar la sed.

Cual guardias apostados se miran los palmeros
 Sobre la loma agreste tranquilos descollar,
 Cual símbolos cristianos sombríos y severos
 Que marcan expresivos la tumba del mortal.

Los brazos descarnados del indolente espino
 Rastreros sobre el suelo se miran extender,
 Parecen desafiando la furia del destino,
 Durmiendo entre las rocas el sueño del no ser.

Un leve polvo de oro poblando está el vacío
 Que sube de los valles hasta el sereno azul,
 Y ven los ojos llamas en medio á un campo umbrío,
 Si los párpados cierran heridos por la luz.

Del lago al lado opuesto se miran mil jardines,
 Y de árboles las copas al viento estremecer:

Cual jóvenes que burlan en plácidos festines,
El infalible amago de su destino infiel.

También de entre las rocas salvajes caprichosas
Saltando despeñadas las linfas del raudal,
Bajo dosel de parra y entre jazmín y rosas,
Se ven copos de espuma temblando en el cristal.

¡Martirio! así lo siente impío moribundo
Al mirar expirante del sol la postrer luz,
Cuando ésta le descubre delicias en el mundo,
Delicias que percibe pisando el ataúd.

II

Señor, Señor, despliega tu sonrisa,
Y á mi sien que fallece cual las flores,
Que del fuego sucumbe á los rigores,
Revivirá la brisa.

Templa ese sol que su mirar de fuego
Tus santas obras iracundo abrasa,
Sediento está este labio por do pasa
Mi fervoroso ruego.

Diste á ese campo su tranquilo río,
A la noche las sombras de tu manto,
A las flores la brisa y el rocío:
¿Y á mí tan sólo el llanto?

Que penetre mi ruego en tu santuario,
Que falto de vigor muere mi acento:
Tu labio, eterno Dios, gimió sediento
El día del Calvario.

¡Ay! que me agobia la tenaz fatiga;
¡Ay! que insensible el sol quema mi frente:
Extiende ¡oh, Dios! tu mano omnipotente,
Será mi sombra amiga.

Pego mi boca á la abrazada arena,
Sintiendo arder doliente mis entrañas,
Miro postrado relucir serena
La nieve en las montañas.

Al pueblo tu verdugo, Dios clemente,
Viste piadoso en medio del desierto,
Y tras un manto espléndido cubierto
Refrescaste su frente.....

III

Cual plácida joven que besa hechicera
La frente severa de amante infeliz,
El aura á los campos voluble se allega,
Gozosa despliega su manto sutil.

Festiva entre nubes de blandos olores,
Cual vaga entre flores fugaz colibrí
Se acerca á las plantas, les presta embeleso
Y aspira su beso fragante el jazmín.

Las aves rompiendo su rápido vuelo,
Levantán al cielo mil himnos de amor;
Si al lago los labios del aura se aplican
Mil olas duplican la imagen del sol.

La frente elevaba con gozo al Eterno,
Sentía yo tierno su soplo de paz,
Vivífico el aire, dió vida á mi acento,
Sonando en el viento mi canto inmortal.

De pronto cual ave que deja su nido,
Celaje vestido de regio arrebol,
Bogando en los aires cual místico velo,
Templó bajo el cielo benigno el calor.

Levanten las flores su aroma el más blando,
Las aves cantando proclamen á Dios;
Cayó sobre el cielo su sombra suprema.....
Brilló la diadema del fúlgido sol.

¡Oh cielos! eleven sublimes cantares,
Sus himnos los mares, su incienso el volcán;
Mil soles que al hombre mezquinos deslumbran,
Son cirios que alumbran tu mágico altar.

Celaje que vuelas con alas de armiño
Más puro que el niño, cual feble sendal
Que oculta el semblante de esquiva hermosura,
Y presta dulzura voluble á su faz.

Tú llevas al cielo fugaz la plegaria
Que alcé solitaria ferviente al Señor,
Cual ave apacible me muestras su agrado
Celaje adorado, me dices su amor.

Empape tus alas de blanca paloma
Del campo el aroma, celaje feliz:
Si al verte embebido con plácido encanto,
Anégame el llanto, lo vierto por tí.

Su sombra benigna cayendo en mi frente,
Se alzó al Dios potente, palpé su bondad,
Sentí mis sudores su soplo secando,
Su soplo tan blando de amor paternal.

Señor, el insecto nos dice tu nombre,
El hombre ¡ay! el hombre sí te osa negar;
Y llevan tus sombras las nubes del viento,
Las auras tu aliento, tu imagen el mar.

Mi Dios, tú que viste mi agudo quebranto,
Tú, acepta mi canto, mi amparo, mi bien;
Tú, acepta del labio que vuelve á la vida
La voz conmovida de intenso placer.

Mi pecho gozando de dulce ternura,
Cual se abre flor pura del viento al vagar,
Te rinde un aroma de ardiente alabanza,
Mi santa esperanza, mi Dios inmortal.

Feliz ¡oh celaje! si en eco de trueno,
Me llama á tu seno, la muerte y mi Dios;
Y rápida mi alma del suelo levantas,
Poniendo á mis plantas la frente del sol.

Febrero 3 de 1844.

A MARIA.

LA LÁGRIMA DEL DOLOR.

La ví en éxtasis sublime,
Brilla el pudor en su frente,
Duerme en su labio inocente
Virgen el beso de amor.
La juventud seductora
De frescas rosas la ornaba;
Pero su vista ofuscaba
La lágrima del dolor.

No era su tierna mirada
Promesa de amor ardiente;
No el juramento elocuente
De la acendrada pasión.
Era mirada apacible
Cual tras leve nube el cielo,
Porque le formaba un velo,
La lágrima del dolor.

Es galana en los festines
Y hechicera la hermosura,
Brillante por la ventura
Como el iris por el Sol.
Pero era ideal, solemne,
La beldad que me arrobaba,
Porque en sus ojos temblaba
La lágrima del dolor.

Símbolo del sentimiento,
Expresión de la ternura,
Lágrima inocente y pura
Vertida del corazón.
Perfuma la alba azucena
En su cáliz el rocío;
Tú divinizas, bien mío,
Tu lágrima de dolor.

Yo, huérfano, padecía,
Y en el triste mundo errante
Me lastimaba punzante
Del placer el esplendor.
Alzo los ojos, te miro,
La esperanza no me engaña.....
Dobla tu negra pestaña
La lágrima del dolor.

—
¿Por qué á tus ojos el lloro,
Dulce bien, casta paloma;
Qué dice ese mudo idioma,
Ese idioma de aflicción?
A mí en hondo desamparo
Y en angustia sumergido
Un cielo me ha prometido
Tú lágrima de dolor.

—
Comprenderás mi tormento
Y mis ayes doloridos.....
No profane tus oídos
Mi erótica inspiración.....
Yo te adoraré, María,
Con reverente embeleso,
Enjugará el casto beso
Tu lágrima de dolor.



CANCION.

—
Como entre negras sombras
Camina el alma mía,
Murió la luz del día
Sobre mi triste faz.
Y en lo hondo del abismo
De mi fatal quebranto
Las notas de mi canto
Se extinguen sin vibrar.

—
Cual barca abandonada
Que con girar incierto
Recorre el mar desierto
Así en la vida voy.....
Si alcanza playa amiga,
Si en ansia eterna vaga,
Si mísera naufraga
¿A quién le conmovió?

—
Como en desnuda encina
Se mira helado y seco
Del nido el negro hueco
Que al pájaro abrigó,
Donde en trinos alegres
Al campo y á las flores
Cantaba sus amores
En canto seductor.

—
Así siento en mi pecho
Al corazón doliente
Que en otro tiempo ardiente
Mi ser vivificó,
Y del amor al fuego
Y al brillo de la gloria
Cantaba su victoria
Del hado y del dolor.

Se desbordaba mi alma
 Con la pasión intensa
 Como la mar inmensa,
 Profunda cual la mar.
 Como el sublime cielo
 Circuye al rey del día,
 Tal mi alma contenía
 La misma inmensidad.

¡Amigos! y en la copa
 De la amistad mentida
 Raudales de mi vida
 Por ellos vertí yo.....
 Y en tanto que su labio
 Mofaba mi ardimiento,
 Bebía yo en su aliento
 Torrentes de pasión.

Mujer, y en su mirada
 Bañaba mi existencia,
 Nadando como esencia
 En su divina luz;
 Por ella derramaron
 Los ecos de mi lira
 Cuanto de grande inspira
 La hermosa juventud.

Patria..... y en mis entrañas
 Como un sol irradiaba,
 Que ardiente me alumbraba
 Su gloria y su beldad
 Sentíame gigante
 Por ella, en mi delirio
 La muerte y el martirio
 Hacíanme gozar.

Qué dulce es la existencia
 Si á su pesar brotando
 La ilusión va regando
 De flores nuestros pies.
 ¿Qué importa que conduzca
 Su celestial encanto
 Al gozo ó al quebranto
 Al duelo ó al placer?

¿Qué importa que se bañe
 Con aguas de torrente
 Nuestra soberbia frente
 Ceñida de esplendor?
 ¿Qué importa se despeñen
 Las horas agitadas
 Si hierven coronadas
 Del iris del amor?

Todo..... pasó..... el labriego
 Después de la tormenta
 Con planta macilenta
 Recorre su heredad.
 ¡Y en tierra están las flores,
 Entre escombros camina,
 Ve en medio de la ruina
 Tristeza y soledad!

Moctezuma, Agosto 24 de 1877.

BRINDIS.

Del férvido Champaña la espuma rebosante
Nos brinda ¡oh, dulce instante! la copa del festín;
Los rostros son de amigos, las voces son de amores,
Cubridme, sí, con flores, la senda del morir.

¡Hurra! apaguen los vivos el grito del destino,
Nos dé febril el vino mil sueños de placer.
Ved, á mi frente burlan los tiempos mi arrogancia,
Y estrechan la distancia del ser y del no ser.

¡Vino! saltando toquen las nubes los taponés,
Fecundo en ilusiones del vino es el raudal,
Las músicas celebren con cánticos mi suerte
Mientras á mí la muerte se acerca un paso más.

Las flores voluptuosas exhalan su perfume,
La esperma se consume con plácido brillar,
Voluble reverbera la rica argentería,
Y encanto y alegría circuye á la beldad.

¡Champaña! más champaña! ¡Deleite! ¡Aturdimiento!
El áspid del tormento me hiere el corazón,
El llanto que en mis ojos á mi despecho brota
Somero gota á gota destile en mi licor.

¡Lloráis, esposa amada? ¿Tú lloras, mí María?
¡Mis hijos! ¡madre mía! que cese la aflicción.
Acerba es esta vida, fugaz y engañadora,
El alma que os adora, eterna como Dios.

La nave que me lleva tan rápida á la nada,
Que parta empavesada del centro del festín;
Un año que transcurre, de muerte es un mensaje:
Hurra!!! se acerca el viaje, brindemos al partir.

Febrero 10 de 1845.

POESIAS MISTICAS